



Convento de la Fábida.

LA FÁBIDA.

Era una fresca y apacible mañana de abril, y soplabla blandamente la brisa de los mares en las tendidas lonas de los pequeños buques, que se aprestaban á abandonar el abrigado puerto de Moguer, cargados de riquísimos vinos para la opulenta Albion; cuando en una barca de cuatro remos, en que bogaban difícilmente dos ancianos pescadores, me embarqué acompañado de dos amigos míos, que deseosos cual yo, de visitar el monumento que sirve de epígrafe á este artículo, tenían resuelto consagrar un día entero á romería semejante. Habíamos visitado juntos la iglesia del convento de Santa Clara, en donde es fama que oró Colon la tarde antes de emprender su inmortal viaje y el día después de su vuelta de América; y con el respeto y el entusiasmo en el corazón dirigimos también nuestras paces por la quietud de su alma en el mismo lugar en que él se había reclinado por aquellas memorables épocas. Conocido ya el sitio de la oración, faltábanos visitar el puerto, en donde se habían fabricado las carabelas que dieron á España un nuevo mundo; de donde habían partido, llevando en pos de sí las burlas de unos y la admiración de otros; y finalmente el apacible retiro, en que había encontrado abrigo el sábio genovés, en que habían sido comprendidas por primera vez sus teorías, y en que satisfecho de hallar en España quien le oyera y alentara, había hecho firme propósito de arrostrar toda clase de obstáculos, yendo á la corte de los reyes católicos con cartas para Hernando de Antequera, confesor entonces de la reina doña Isabel.

Comenzaba ya el sol á tenderse sobre la tierra, rielando en las aguas que se quebraban en mil alegres cambiantes, y volaban sobre nuestras cabezas las blancas ánades, y otras aves marítimas, que poblaban aquellos contornos, saludando con sus desapacibles graznidos tan hermoso día; y al llegar á la confluencia del Tinto y del Odiel, nos vimos en medio del anchuroso canal, cuya corriente parecía haber estado convidándonos para la meditada empresa. Embebidos con los recuerdos que despertaban en nosotros aquellas riberas, creíamos hallar á cada paso en los *misti-*

cos y *lúdes*, que pasaban á nuestro lado, una de aquellas famosas carabelas, y pensábamos ver sentado en su popa á Cristóbal Colon, que unas veces volvía triunfante del nuevo mundo, y otras se dirigía al Océano, sediento de gloria y lleno el pecho de sublimes esperanzas.

Como nuestra barca adelantaba lentamente, y el viento empujaba con rapidez las demas embarcaciones, parecían nos que pasaban delante de nuestros ojos por arte de encantamiento, como en un vistoso panorama.—Dos horas navegamos en esta forma, escuchando solamente el ruido de las olas, alteradas algun tanto por las brisas y el golpear monótono de los remos, cuyos dueños tanto se cuidaban de Colón y del nuevo mundo, como de las conquistas del virey de Egipto; al cabo de las cuales avistamos en la ribera izquierda y en una especie de ensenada un pueblo de corta estension, que saludaron nuestros marineros con el nombre de *Palos*. Grande fué la sensación que todos experimentamos al escuchar invocacion semejante, recordando cada cual una tradicion de las muchas que guarda aquella villa, ahora casi desierta, mas rica y populosa en otro tiempo.—Ocurrióseme si existirían algunos vestigios de la antigua *Olontigi*, mencionada por Pomponio Mela, y deseaba ya verme en tierra para saciar mi nuevo deseo, si bien no era de este parecer uno de mis dos amigos, el cual, decididamente asentaba con Festo Rufo Avieno, que correspondia á la *Palus Etrephæ* de los romanos, y para corroborar su opinion recitaba unos versos del mismo autor, que si mal no recuerdo son los siguientes:

.....«*Multa propter est Palus
Etrephæ dicta: quin et Herbi civitas
Stetitse fertur his locis prisca die,
Quæ prætorum absumpta tempestatibus,
Famam, atque nomen sola reliquit cepiste.*»

Llegamos, por fin, á la orilla, y saltamos en tierra en hombros de nuestros marineros, por ser muy peligroso el andar por aquellos esteros y almarjales á los que no tienen de ellos experiencia. Todas las ilusiones que había concebido desde mi barquilla, desaparecieron entonces de un solo golpe.—Palos era un pueblo que no conservaba á la vista monumento alguno por donde yo pudiera sustentar mi opinion, y reducido á un corto número de casas de

19 DE AGOSTO DE 1849.

poco valer presentaba un aspecto, bastante desagradable, capaz de causar pena al mismo Demócrito.

Nuestro primer cuidado fué, no obstante, dirigirnos á la iglesia parroquial, por ver si en ella podíamos descubrir algun vestigio, que como el hilo de Teseo, nos diera luz en el laberinto de dudas que habian nacido en nosotros con la contemplacion de la casi arruinada villa. Pero ni la iglesia pudo servirnos de guia porque su construccion se remontaba cuando mas al siglo XIV, á juzgar por el carácter de su arquitectura, ni hallamos en ella monumento alguno que prestara interés á la historia ni á las artes. Preguntamos despues por la casa en que habia vivido el físico Garcí Fernandez, que tanta parte tuvo en la noble determinacion de fray Juan Perez de Marchena, y tampoco logramos una respuesta satisfactoria, ni del cura párroco ni de otros religiosos, únicas personas que por otra parte oyeron sin extrañeza nuestra demanda. Desesperados ya y cansados de dar vueltas inútilmente, nos disponiamos á volver á la barquilla, cuando nuestra buena suerte quiso depararnos un jóven religioso, que habia profesado en la *Rábida*, é informado de nuestros deseos, se ofreció espontáneamente á acompañarnos, no sin proveerse antes de un libro forrado de pergamino, que no pudo menos de llamar nuestra atencion vivamente.

Tornamos, pues, á nuestro barco, y á poco tiempo divisamos sobre una mansa colina un edificio de pobre y modesto aspecto, al cual estaban amenazando de consuno la mano del tiempo y la impiedad de los hombres. Este edificio era la *Rábida*. Mientras cortaba nuestra barquilla, á impulso de los remos, el corto espacio que de aquella colina nos separaba, abrió nuestro compañero su misterioso libro y comenzó á leernos algunas noticias relativas á la historia del convento, que nos fueron entonces de todo punto agradables, y que por parecernos ahora muy curiosas referiremos en este sitio.

La fundacion de la *Rábida* se remontaba, segun aquel manuscrito, hallado en el archivo del convento, casi tanto como nuestra era vulgar; siendo debido á un gobernador de Palos, llamado *Terreum*, hombre cruelísimo y gran valido del emperador Ulpio Trajano. Añadiase, que habiendo muerto una hija de aquel César y deseando *Terreum* darle una muestra de gratitud, mandó levantar un templo en su honor, dedicándolo á Proserpina, cuyo nombre llevaba. Consumió en la obra cerca de tres años, al cabo de los cuales, concluido el edificio enteramente, hizo colocar la estatua de la diosa, que era de piedra, sobre una peana de oro, plata y bronce, señalando el día 2 de febrero para celebrar una solemne fiesta en via de aniversario, fiesta á que concurrían todas las doncellas de los contornos, muchas de las cuales eran sacrificadas en las aras de la implacable diosa. La descripcion de esta celebridad es tan rara é interesante, que no he podido resistir á la tentacion de trasladarla tal como en el referido manuscrito se encuentra.

«En el día primero de febrero por la tarde, dice, juntábanse todas las doncellas acompañadas de los sacerdotes y justicias, con gran número de gentes en el lugar destinado para el sacrificio ó degollacion que era el que hoy se llama *Prado de Alcalá*, hácia el oriente, quince pasos desviado del camino, que al templo conducía, cerca de la corriente del agua para que esta se llevase la sangre de las víctimas y para que bebiesen de ella los demas, con el objeto de curar sus enfermedades, santificarse y preservarse de los males venideros. Reunidas, pues, todas las doncellas, echábanse suertes y aquellas á quienes tocaban eran degolladas y reputadas por santas. Ejecutában esta degollacion las personas mas allegadas á las víctimas ó de mas dignidad en la comarca, y concluida tan horrible ceremonia, encendían velas amarillas y formando dos hileras cuántos á las fiestas habian asistido, se dirigían al templo, que estaba exornado suntuosamente, con grande regocijo y entusiasmo conduciendo los cadáveres, como en triunfo, hasta la misma ara de Proserpina. Repetían por el espacio de quince días estas mismas escenas, y haciendo en los últimos ricos presentes al templo, se despedían de él con grandes llantos y muestras de inconsolable tristeza.»

Esta relacion y la circunstancia de tener *Palos* un gobernador tan favorito de un César, me aseguraron en mi primera opinion de haber sido aquella villa la antigua *Olontigi*, poblacion harta rica y famosa, para que no dejasen

de interesar sus recuerdos y sus ruinas. Pero á vista ya de la *Rábida*, no hubo tiempo de pensar en otra cosa. Tuvo este templo en su principio forma de castillo, siendo tan sólida su construccion como las que son hoy conocidas con el título de á prueba de bomba. Constaba el grueso de sus muros de seis pies, de noventa y seis la longitud del santuario, treinta su latitud y sesenta su elevacion desde el pavimento hasta las bóvedas. En el año 51 de su fundacion, que debe corresponder al 160 de la venida de Cristo, extendida algun tanto por las regiones occidentales la religion católica, algunos nobles de Palos llamaron á un sacerdote sevillano, nombrado Siriaco, para que los iniciase en los misterios cristianos. Acudió aquel con grande solicitud al llamamiento de los nobles, y despues de catequizar y bautizar muchos de los moradores de aquella poblacion, obtuvo permiso del gobernador romano para bendecir el templo de Proserpina, consagrándolo á *Jesus* y á su divina Madre. Permaneció desde entonces dedicado al culto cristiano, hasta que conquistada por los árabes toda esta parte de Andalucía, lo erigieron en mezquita dándole el nombre de *Rábida* por la belleza del lugar; nombre que conserva todavia y que equivale á *Eremitorio* ó sitio solitario y sagrado.

Poco tiempo estuvo consagrado este templo á mezquita: la tolerancia de los árabes en materia de religion, por mas que hayan dicho algunos escritores lo contrario, contribuyó á sacarlo de aquel uso para restituirlo al culto del cristianismo. Ptolomeo y Teodoro, dos mozárabes que habian adquirido por sus virtudes el aprecio de los moros, propusieron al gobernador de Palos que si intercedia con su rey para que les cediese el templo mencionado, se obligarian ellos á pagar en tributo cinco monedas de plata por cada uno de los cristianos que á él concurriesen, cuatro para el monarca y una para el referido gobernador, por via de gaje y de remuneracion del valimiento que invocaban. Oyó el rey con ánimo propicio esta propuesta, y accedió á la súplica de Ptolomeo y de Teodoro, volviendo á resonar en el recinto de la *Rábida* los sublimes himnos, dedicados por la iglesia á cantar los altos misterios de la religion, sellada con la sangre de Cristo sobre el Gólgota.

Cuando á fines del siglo XIII cayó la ciudad de Niebla con todo su condado en poder de D. Alonso, á quien ha conocido su posteridad con el glorioso renombre de *Sabio*, tomaron los caballeros del Temple posesion de algunos castillos y ciudades en el territorio conquistado de los sarracenos y se apoderaron tambien de la *Rábida*, cuya situacion era muy favorable al género de la guerra conocido en aquella época. Con los nuevos dominadores adquirió otro aspecto el lugar solitario y sagrado de los musulmanes y el sosegado templo de los cristianos. Agregáronsele nuevos departamentos, que llevaron desde luego el carácter de una casa fuerte, cuyas almenas manifestaban que era morada de guerreros, y al pacífico culto de la religion vinieron á mezclarse el estruendo de las armas y el relincho de los caballos. Pero muy en breve volvieron á enmudecer aquellos contornos, tan acostumbrados al silencio: airado Felipe, el Hermoso, contra los Templarios por causas ajenas de este artículo, y anatematizados por la bula de Clemente V lanzada en 1344, fueron tambien estinguidos en España y tuvieron que abandonar la *Rábida* á los veinte y cuatro años de haber tomado posesion de ella. Vinieron á habitarla despues religiosos *conventuales*, en cuyo poder estuvo hasta mediados del siglo XV, época en que pasó al de los *observantes* por bula de Eugenio VI, permaneciendo estos en ella hasta la extincion de todos los regulares verificada en el año de 1835.

No bien habíamos acabado de escuchar estas importantes noticias, que hemos añadido é ilustrado algun tanto al transcribir las á nuestros lectores, cuando entró nuestro barco en la ensenada, que besa la colina sobre que está asentada la *Rábida*, y nos vimos á pocos instantes al pié de aquel edificio, que no pudimos menos de mirar sobrecogidos de admiracion y de respeto. Estábamos en el mismo sitio que habia pisado el descubridor del nuevo mundo; á donde habia llegado pobre, abatido, burlado de unos y compadecido de otros, con el convencimiento de la ciencia y la fé en el corazon; donde habia pedido pan y agua para su primer hijo, á quien veia desfallecer en sus brazos, y á donde á la piedad cristiana habia sucedido la curiosidad, y á la curiosidad la comprension del proyecto mas gigantesco que habian visto los siglos.

Al llegar á la portería, situada al oriente del edificio, parecióme ver al entendido fray Juan Perez, que con rostro afable y aire escudriñador examinaba al noble extranjero que, vistiendo un justillo rojo, un manto de lana pardo de mangotes y capilla, cubriendo su cabeza un birrete de velludo y calzando unas botas portuguesas, traía á su espalda un zurrón, en donde guardaba un pequeño astrolabio, unos pergaminos y una brújula marina. Era su frente despejada, su vista penetrante, aguileña su nariz y muy expresiva su boca. Su estatura era proporcionada, y su edad rayaba apenas en los cuarenta y ocho años. Así se pintaban en mi mente aquellos dos célebres personajes, que el cielo juntó en buen hora para gloria de España y eterna fama de sus nombres.

Pero mis compañeros de viaje, que mas curiosos ó menos preocupados que yo de aquella idea, deseaban vivamente examinar el interior del edificio, me obligaron á seguirlos mal mi grado, y nos hallamos, despues de pasar por algunos corredores casi derruidos, en la iglesia, cuyas bóvedas habian recogido los fervorosos votos de Colon y los cantos sublimes á que habia mezclado su acento durante su permanencia en la Rábida. La iglesia constaba de una sola nave de mas reducidas dimensiones que las señaladas al templo antiguo: en su cabecera se veia aun un retablo pobre y modesto, y casi á los lados del presbiterio dos altares consagrados á *San José* y á *San Antonio*, de los cuales habian ya desaparecido los objetos que les servian de ornato. Algunos libros de coro abiertos y derramados por el suelo, de donde habian sido arrancadas las viñetas de miniatura, que en otro tiempo los decoraron, algunos

volúmenes de obras sagradas rotos y comidos de ratones... hé aqui cuanto se conservaba en aquel recinto, que en otras naciones recibiría el culto de la admiracion y de la veneracion mas profundas.

Bien hubiera querido volverme á la barguilla que nos habia conducido hasta aquel sitio, para tener al menos el consuelo de contemplar desde lejos un monumento tan amargamente abandonado. Mas deseoso de calmar algun tanto el sentimiento que experimentaba, traté de registrar lo restante del edificio, y ocurrióseme visitar la celda, que habia servido de morada á fray Juan Perez de Marchena, sospechando que encontraría tal vez en ella motivo para templar mi enojo. No me engañaba en efecto: la celda del ilustre guardian, del insigne amigo de Cristóbal Colon, aunque abandonada y solitaria, aunque próxima á desaparecer entre escombros, conservaba aun algunos vestigios de lo que fuera. Su techumbre, si bien no podia llamarse rica, daba muestras de haber sido bastante bella y apreciable: las vistas que desde sus balcones se gozaban, eran encantadoras. — Al occidente la villa de Huelva, tendida en la playa, al mediodia el Océano con sus cien torres, que de trecho en trecho le sirven de atalaya y defensa. — Cuando pude recoger mi imaginacion, se me representó la sublime escena del almuerzo, en que el ilustre guardian, adivinando en parte el atrevido pensamiento de Colon, le habia invitado á explicarle sus teorías. — Allí estaba Garci Fernandez con su ropilla de estezado, sus calzas de estameña con su capa de pardo monte y su sombrero de alas largas, pintadas en su rostro la sagacidad y la malicia; allí el anciano mareante Pedro Velasco, cuyos viajes eran la fábula de toda la co-



Almuerzo dado á Colon por fray Juan Perez de Marchena.

marca, allí Cristóbal Colon rebotando en su rostro la alegría y el mas puro entusiasmo, al explicar sobre sus pergaminos tan inaudito sistema; allí fray Juan Perez pasmado al escuchar sus raras y nuevas explicaciones, y hasta el lego, que habia recibido al celebrísimo nauta en la portería, mientras el tierno infante se entretenía en jugar con los adminículos que el zurrón de su padre encerraba. — En aquel momento no pude menos de recordár el magnífico pasaje que en *Los recuerdos de un grande hombre*, escritos por mi querido amigo; el Excmo. Sr. D. Angel de Saavedra, duque de Rivas, habia leído pocos dias antes, pasaje que me veo obligado á trasladar á este sitio:

Fué bastante haber tocado
con sagacidad la tecla:
la facilidad verbosa
del genovés se desplega.
Y con aquellas razones
de convencimiento llenas,
con que se siente y sostiene
lo que se sabe de veras,
sus inspiraciones pinta,
sus observaciones cuenta,
su sistema desenvuelve,
sus proyectos manifiesta.
Recurre á sus pergaminos,

los desarrolla, y enseña
cartas que él mismo ha trazado
de navegar, mas tan nuevas,
y segun él las explica
en cosmográfica ciencia
demostrándose eminente,
tan seguras y tan ciertas,
que el pasmo del religioso
y su decision aumentan,
mientras al médico encantan,
le convencen y embelesan.
De aquel ente extraordinario
crece la sabia elocuencia,
notando que es comprendido,
y de entusiasmo se llena.
Se agrandan, brillan sus ojos,
cual rutilantes estrellas,
brotan sus labios un rio
de científicas ideas:
no es ya un mortal, es un ángel,
de Dios un nuncio en la tierra,
un refulgente destello
de la sábia Omnipotencia.

Con harto dolor no sigo copiando este soberbio romance: mis compañeros de viaje habian encontrado en las pa-

redes de la celda algunas inscripciones escritas en diferentes idiomas y llamaron mi atención sobre ellas. Todas se dirigían á ensalzar y bendecir al entendido religioso, que tan benignamente acogió al descubridor del nuevo mundo, todas eran debidas á un momento de entusiasmo. Entre ellas habia no pocas españolas y algunos versos, que no nos parecieron despreciables: en la pared del lado de occidente se veía escrito;

«Un pensamiento colosal abriga
el gran Marchena y de entusiasmo lleno
con dulce ruego al genovés obliga
á que del gran Fernando el cetro siga.»

En la de mediodía leímos:

«La antorcha de la fé brilló luciente
por Marchena en las playas de Occidente.»

Estos recuerdos no podían ser mas gratos para quienes, llevados de un sentimiento patriótico, visitaban aquel monumento ya casi reducido á lamentosas ruinas.—Después de examinar esta celda, quisimos ver el sitio en que habia pasado Colon algunas horas, embelesado en sus dorados sueños.—Subimos, pues, al mirador que dá vista al mediodía, y desde él descubrimos de un lado al anchuroso Atlántico, cuyas poderosas ondas venían á romperse, cargadas de espumas, en las pedregosas playas; de otro un hermoso y apacible paisaje, que despertaba en la imaginación las mas poéticas ideas.—También habia sido este lugar consagrado por la tradición y el respeto: también conservaban sus muros leyendas, hijas del mas tierno afecto y del mas vivo entusiasmo, leyendas que trasladaría aquí, si no me aquejara el temor de ser demasiado prolijo; pero copiados ya algunos versos de la celda de fray Juan Perez, justo creo el no pasar en silencio los que nos parecieron mas notables en el mirador, que son los siguientes:

«Duerme, Rábida arruinada,
con tus peñascos grandiosos,
con tus recuerdos gloriosos
en mi patria desgraciada!»

Inmediatos al ángulo de la derecha se leían estos:

«Mi pismo admirador, Colon, recibe
y glorioso en la gloria eterno vive.»

Restábanos ver si conservaba la Rábida algunos vestigios de su fundación primitiva, y recorrimos en este empeño la mayor parte de sus habitaciones y departamentos. La mano de los siglos habia pasado alternativamente sobre ella, imprimiéndole el sello de cada cual, y dándole un carácter vago, que bastaba, no obstante, para conocer su historia, escrita en aquellos muros con la mas sublime elocuencia. Aun se conservaban algunas almenas, que revelaban la dominación de los Templarios; aun en sus claustros se veían algunos arcos que eran parte de otras épocas posteriores y de otros dueños menos orgullosos, notándose por un azulejo que existía en su patio principal que habia sido restaurado en 1804; pero todo en un estado triste, todo anunciando ruina. Encontramos, al fin, una media naranja de construcción fortísima y ahogada casi enteramente por varias paredes y tabiques contruidos en su alrededor, no quedándonos ya duda alguna sobre las noticias que habíamos recogido del mencionado manuscrito. Esta media naranja era indudablemente del templo de Proserpina.

Examinada ya la Rábida, cuyos recuerdos habian producido en nosotros una sensación tan profunda, al compararlos con su miserable estado, nos pareció oportuno recorrer los lugares, en que habian sido bendecidas las dos carabelas expedicionarias en 30 de abril de 1492, y de donde se habian dado á la vela en 3 de agosto del propio año. Bajamos, pues, en dirección al occidente sobre el canal, y llegamos á un brazo que se entra en la colina hacia la parte del mediodía, el cual es conocido con el nombre de Domingo Gordo, desde el día de la bendición de aquellas carabelas. Verificóse esta ceremonia el Domingo de Pascua de Resurrección, y acudieron á ella todos los moradores de Palos, que asustados unos, y llenos otros de entusiasmo, corrían todos á contemplar aquel hombre extraordinario, á quien las preocupaciones presentaban ya como un ángel ó un mago, ya como un demonio.—Allí habia estado Colon, almirante ya de las Indias, allí Marchena, bendiciendo lleno de gozo la alta empresa que habia alimentado con sus consejos, allí Garci-Fernandez,

allí Pinzon, allí Pedro de Velasco, y finalmente, cuanto mas ilustre abrigaban entonces aquellas poblaciones litorales.

Entramos de nuevo en nuestra barquilla, que habian acercado nuestros pescadores á Domingo Gordo, y dirigimos la proa hacia la barra de Saltes, de donde, como dejamos insinuado, partió la pequeña escuadra de Cristóbal Colon, compuesta de dos carabelas y una sola galeota, siete años después de su primera llegada á la Rábida. Nada encontramos en aquel islote que recordase tan memorable acontecimiento; y dimos por esta causa la vuelta, encaminándonos á Moguer, no sin dejar antes en Palos al entendido don José Vela, que este era el nombre del joven religioso que se habia prestado tan noblemente á acompañarnos.

Al separarnos de aquellos lugares no pudimos menos de hacer los mas fervientes votos porque atendiese el gobierno aquel monumento venerable, pareciéndonos que el destino mas propio que pudiera dársele era el de consagrarlo á casa de refugio de nuestros marinos inutilizados en campaña. Estos mismos votos repito ahora á cien leguas de distancia de la Rábida. Quiera Dios que no sean vanas mis esperanzas (1).

JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS.

UN TESTAMENTO FALSO.

(Conclusion.)

Esta contrariedad debia trastornarme naturalmente el ánimo; mas no habiendo dado felizmente los oficiales de justicia con Basset, abandoné la ciudad dos días después, y hallándose el país todo ocupado en los preparativos para resistir á la Armada, me agregué á las fuerzas reunidas en el fuerte de Tilbury, bajo el mando del conde de Leicester. Si hubiera podido pasarme á los españoles, sin oposición, lo hubiera hecho. Mas de todos modos, traté de olvidarme con el ruido del campo, y con la monótona pompa de la guerra, de los horribles atentados en que habia tenido tal participacion; pero esto me era imposible. Todo cuanto llenaba de entusiasmo á los que me rodeaban carecia de interés para mí. El espectáculo glorioso de una reina poniéndose á la cabeza de sus ejércitos en un campo de batalla, y recorriendo las filas para exhortar á los soldados, recordándoles lo que debían á su país, y manifestándoles su ánimo de conducirlos ella misma al enemigo, y de morir antes que sobrevivir á la ruina y á la esclavitud de su pueblo, todo esto pasaba desapercibido para un desdichado, cuyas noches y cuyos días corrían en la agonía de los remordimientos. El estrépito mismo del combate, el desorden y la confusion que acompañaron á la destrucción de la flota, los ayes de los moribundos, los gritos de la victoria, el cañon tronando y vomitando la muerte, todo, todo pasó para mí desapercibido. Recorría el puente de mi navio, y aun abordé al enemigo siempre con la sombra cadavérica de Marston delante de mi vista, á cualquiera parte que la tornase, de tal modo que tuve que tomar muchas veces la determinacion de declararme á la vuelta de la flota, de confesar lo criminal de mi existencia entera, y acabar en la horca mi carrera de maldades.

—Y ¿á qué altura se encuentra en la actualidad este negocio, interrogó Oldcraft, que se tomaba á la sazón un vivísimo interés en la narracion de su colega. Habla, habla pronto. Acabas de decir que todo se hallaba aventado. ¿Te asiste alguna razon para creerlo así?

—Solo la noticia que recibí ayer, respondió Greville, antes de dejar á Londres en donde me tenia oculto. He sabido que Basset acababa de ser arrebatado en Faversham, y conducido á la cárcel como acusado del asesinato de Neb. Inmediatamente me he puesto en fuga, y hé aquí como me tenéis reducido al último estremo.»

El criminal, cubriéndose el rostro con ambas manos,

(1) Después de escrito este artículo he sabido que la diputación provincial trata de destinar la Rábida á lazareto, y que el jefe político, abundando en la misma idea que nosotros, ha propuesto al gobierno erigirla en casa de refugio de marinos inutilizados en campaña, que podían prestar allí eminentes servicios.

prorumpió en mal contenidos sollozos despues de su espantosa narracion. En la agonía de sus remordimientos, se dirigió á su camarada: mas tranquilo y sin duda alguna mas endurecido que él, para demandarle consejo.

—«Consoladme, Oldcraft, esclamo, porque siento un pesar tan fuerte, la mano del cielo sobre mí, que no puedo vivir bajo la carga de mis crímenes. La muerte parece que aploma mi cabeza, y no obstante, no puedo morirme; pero creo percibir el olor de la muerte aun dentro de esta estancia en que nos hallamos; no parece sino que es esta mi sepultura.»

—Tus palabras son proféticas, dijo Oldcraft adelantando el brazo derecho, y descargándole á Greville una de sus propias pistolas en mitad del pecho, y atravesándole los pulmones; tan á boca de jarro habia sido el tiro. Tus palabras son proféticas, insensato, porque esta es tu sepultura!»

La desgraciada víctima dejó escapar un grito; la hirviente sangre salía á grandes vorbotones, y cayó de frente inanimado. Su verdugo, poniéndose entonces de pié, lanzó la pipa al extremo opuesto de la estancia.

—«A la verdad que ya era tiempo de velar á este idiota, exclamó precipitándose sobre el cadáver palpitante; y volviéndolo sobre la espalda para registrar los bolsillos de su casaca y apoderarse de sus papeles, arrojándolos inmediatamente en el fuego sin examinarlos. Ya era tiempo de parar la lengua de este lloron, ó me hubiera visto comprometido hasta por cima de los pelos, á causa de sus infernales confesiones. Los negocios mas antiguos, de la propia suerte que las aventuras mas modernas, hubiesen ido saliendo todas una á una, y aun no hubiera acabado su maldito rosario. ¡Ojalá! ¡oh! ¡já mí! ¡socorro! ¡al asesino! ¡socorro! ¡Oh! ¡já mí! ¡Stephen, Robin, James! ¡já mí! ¡socorro! Y á la par que continuó prorumpiendo en penetrantes gritos, sacó de la vaina la espada de Greville y la tiró al lado del cuerpo. Despues de esto, corrió á la puerta y abrióla de par en par. ¡A mí! ¡socorro! ¡Arriba todos!... ¡arriba digo!... Me asestan en mi propia casa.

—«Mirá, exclamó, en cuanto los criados, salidos á medio vestir del lecho, acudieron, asustados y despertados por el pistoletazo y por sus gritos. Ese miserable, no contento con haberme querido arrancar el dinero esta noche, me ha arremetido de súbito espada en mano, y hubiérame asesinado, á no caberme la fortuna de apoderarme de una de sus pistolas y de matarlo en el acto.»

Un profundo silencio mezclado de espanto reinó durante el resto todo de la noche en Marstoke-House, silencio únicamente interrumpido por el ruido de la nieve lanzada en gruesos copos contra los vidrios, y por las ráfagas de un helado viento de invierno. Los criados, hombres y mujeres, á quienes el estrépito del tiro y los gritos de su amo habian arrancado de sus lechos, se hallaban apiñados los unos contra los otros en la cocina, en donde, despues de haber encendido el fuego, se comunicaban en voz baja las sospechas y las suposiciones á que habia dado lugar tan extraño suceso.

En aquellos tiempos de espeton y de daga, un hombre muerto en una casa de campo no era un acaecimiento tan raro que originase escaseza de confusion y espanto.

No obstante, una muerte tan extraña como la de aquel hombre, que habia recibido un tiro, en medio de la noche, y al lado del hogar mismo en que, tan cortos momentos antes, se le habia visto vaciar la copa de la amistad con su huésped, una muerte de semejante especie no pasó del todo por natural, ni sin que diera márgen á bastantes comentarios.

Por su parte, el principal actor de tan horrible drama se paseaba del uno al otro extremo de su aposento, al cual se habia retirado despues de haber ordenado que se dejara el cuerpo de la víctima exactamente de la propia manera que lo habian hallado los criados cuando acudieron en socorro de su señor.

—«Mi estrella, se decia, como examinando en su interior la accion que acababa de cometer, mi estrella está aun en su creciente, puesto que mi ángel bueno, ó mi ángel malo si se quiere, poco me importa cual de ellos sea, me ha enviado aquí á ese miserable floricon, desembarazándome de la inquietud y de la desconfianza que me inspiraba hace mucho tiempo.

Estas felicitaciones que á sí mismo se hacia maese Oldcraft fueron de súbito interrumpidas por las pisadas de al-

gunos caballos que pasaban rápidamente por debajo de la ventana de su aposento; puso fin á su soliloquio, apagó inmediatamente la lámpara que ardía sobre la mesa colocada al lado de su lecho, y, aproximándose á la ventana, entreabrió con precaucion uno de los postigos, y se puso á mirar hácia fuera.

Comenzaba á pintar el dia, y vió una pequeña partida como de diez hombres que doblaba á la sazón el ángulo del edificio. Dirigianse hácia el patio principal, y apenas tuvo tiempo para entrever lo brillante de sus lorigas, cuando desaparecieron por detras de una de las torres que flanqueaba el viejo caserío, dirigiéndose hácia la entrada principal.

En otro tiempo, á principios del reinado de Henrique VIII, habia sido Marstoke-House un establecimiento religioso, habitado por una santa comunidad de carmelitas. En la actualidad se hallaba únicamente habitado por maese Oldcraft y por sus criados, reducidos en número, que únicamente ocupaban parte de un ala; y como quiera que fuese mal visto y poco estimado en la vecindad, tenia siempre la quinta un aspecto triste y solitario, aun en sus mas festivos dias. Por el lado habitado de la casa, habia al extremo del jardin un gran molino de agua, que habia pertenecido en otro tiempo al monasterio. En la actualidad se hallaba ocupado por un tal Jeuden, molinero, que lo hacia trabajar.

En el parque, en las tierras de labor y en los prados situados al otro lado del molino, habia muchos estanques deliciosamente sombreados por la proyeccion de las ramas de árboles gigantescos y separados por una especie de divisiones ó calles que servian para pescar con red ó para desecar aquellos viveros. Antiguamente, casi todas las abadías, castillos ó quintas, tenían sus estanques ó viveros para el abastecimiento de la casa.

Un no sé qué hubo de herir el corazon del culpable cuando se pusieron los ginetes en batalla, pidiendo con grande estrépito que les franqueasen la entrada; opinó que la llegada de los soldados podia tener alguna relacion con las últimas fechorías de Greville, y aun que él mismo quizá no seria extraño á ella. Esperimentó una opresion de alma cuando oyó los repetidos golpes que daban á su puerta principal, y muy pronto, aun cuando de todo punto ageno al miedo, se sintió presa de unas palpitaciones que le embargaron la fuerza toda. No obstante, bien pronto dueño otra vez de toda su energía, lanzóse fuera de su habitación y caminando á tientas por el corredor, gritó á sus criados que no descorriesen los cerrojos á las puertas antes de que se hubiera él asegurado de qué era lo que pretendian aquellas gentes. Empero, la órden habia llegado demasiado tarde, porque la puerta habia sido abierta con tanta mas prontitud, cuanto que el jefe de la tropa habia intimado que abriesen á nombre de la reina, anunciando que era portador de una orden de prision contra el llamado Nicolás Oldcraft, acusado de asesinato de sir William Marstoke de Marstoke-Hall.

Maese Oldcraft habia entendido mal estas terribles palabras en el momento de penetrar en el salon, pero no se detuvo mas por ello, y, de la propia suerte que otros muchos tanto ó mas valientes que él, rehuyó el peligro que se le acercaba; y volviéndose á su cuarto despues de haber cerrado la puerta, arrojó un tablero de corredera sobre el enmaderamiento de detras de su lecho, y por allí descendió al jardin desde el cual esperaba irse á ocultar en el molino, ó escaparse por los estanques que se hallaban á su espalda.

La persecucion duró mucho menos tiempo de lo que él se prometia, pues que se apercibió al avanzar cortísimo espacio por el jardin de que se hallaba ya el molino ocupado por muchos soldados que habian penetrado en la casa. No obstante, el molino era su única áncora de salvacion, y deslizándose por una calle sombría que iba á lo largo del riachuelo, trató de llegar á él. El molinero, que se hallaba de pie cerca de la puerta, oía con la boca abierta la relacion que le hacia uno de los hombres de armas de Warwick. Al llegar Oldcraft al extremo de aquella calle, no teniendo nada que temer, el fugitivo atravesó el maderamen sin promover el mas leve ruido, y como quiera que el molino se hallase parado no titubeó un segundo en ocultarse en la rueda.

—«A la verdad que son nuevas bien extrañas, decia el robusto molinero atravesando la plataforma; y que vivimos

en bien estraños tiempos. ¡Ah! constable, siempre había yo dicho que no era Oldcraft de lo mejor del mundo. Nunca he querido á ese hombre, y en cuanto á su mujer...; ¡bah! en este punto me callaré, porque nada de esto me importa; así que, voy á hacer lo que únicamente me interesa.»

Y así diciendo, se adelantó el molinero y dió agua al molino. Inmediatamente se sintió salir un grito penetrante de en medio de las aguas que hervían debajo de él. El molinero, de todo punto alarmado, obró con ligereza suma, paró el agua y se detuvo la rueda, pero era demasiado tarde, y el cuerpo del desgraciado Oldcraft seccionado en dos, flotaba ya en medio de las espumantes olas, arrastrado por la corriente.

Aun cuando este cuento pueda aparecer como extraordinario, se halla atestiguado por los cronistas. El espresado testamento fue dictado por el asesino que, introduciéndose en el lecho al lado del cadáver de su víctima, hizo el papel de testador en presencia de todos los de la casa, sin que concibiese ninguno de los espectadores la menor sospecha de fraude. Además la circunstancia de un hombre escondido en la rueda de un molino y dividido en dos, no es una ficción. Lo que sí no se cuidaron de referir los cronistas es, que la víctima de Greville era católico, por lo cual, aun cuando Oldcraft hubiese protegido el crimen, la providencia se hubiera encargado de su venganza.

DEL ESTADO QUE ALCANZAN LOS ESTUDIOS HISTÓRICOS EN ESPAÑA, Y APUNTES CRÍTICOS SOBRE LAS OBRAS DE ESTE GÉNERO NUEVAMENTE PUBLICADAS.

ARTICULO III (1).

Corriendo el año de 1841 dió á luz un primer tomo de historia de la última regencia el señor don Joaquín Francisco Pacheco, literato y escritor tan conocido del público que en valde amontonaríamos palabras para elogiarle: su reputación está ya hecha: su nombre raya tan alto, que casi sería temeridad nuestra el poner en tela de juicio el mérito de una obra salida de sus manos. Pero cúmplenos hacer notar en este punto, que no conocemos escritor alguno que sepa como el señor Pacheco narrar con imparcialidad y juzgar sin pasión los acontecimientos contemporáneos. No solo del talento, del carácter mas bien del hombre sacamos este íntimo convencimiento. Porque talento no faltó ciertamente en Thiers, en Lamartine, en Luis Blanc, y ninguno de ellos ha podido arrancar de su criterio histórico, toda huella de simpatía ó antipatía personal hablando de los sucesos que han pasado á sus ojos ó han influido directamente en las cosas actuales. Se necesita para ello un particular temple de alma: una conciencia fría y enérgica, un dominio propio que está al alcance de pocas personas. El señor Pacheco es el hombre de tales cualidades: es repetimos el escritor en quien mas aptitud reconocemos para referir y juzgar sucesos contemporáneos. Ya que admiten nuestras costumbres este peligroso género de historia, ya que los vivos han de escuchar la sentencia que debe seguirlos mas allá de la tumba; sean los inconvenientes los menos posibles, escriban hombres como el señor Pacheco, historias como esta de la regencia de doña María Cristina.

Bien da á conocer lo que llevamos asentado la lectura del primer tomo: es una introducción mera de su obra, y Godoy y Fernando VII, Aranjuez y Bayona, las Cortes de 1812 y los realistas de 1814, el trienio de libertad que vino á cerrar Angulema, y el despotismo de diez años en que terminó su reinado el príncipe deseado, se encuentran descritos, ó mas bien puestos de relieve, con ejecución maestra y tan severa justicia que causa admiración el verlo. Ya era tiempo en verdad de que cayese la luz sobre ciertos sucesos envueltos en tinieblas por el encontrado espíritu de las diversas facciones y partidos. Todos ellos son tratados como merecen sus faltas que á la verdad son grandes; pero sin aspereza, sin pasión. Y sin embargo recordamos haber oído lamentarse al autor de ciertas calificaciones duras en su sentir, que atribuye al ardor inconsiderado de su juventud, porque joven era todavía el señor Pacheco cuando dió á luz este primer tomo

(1) Entre las muchas erratas que sacó el artículo anterior por causa de la mudanza, debe contarse en primer lugar el haberle puesto al frente «primero» en vez de «segundo».

de su historia: dureza como aquella quisiéramos ver en todos los libros de cosas conten poráneas, tal inconsideración juvenil desearíamos que hubiesen empleado en sus juicios, hombres tales como Thiers, Lamartine y Luis Blanc.—Por lo demás la historia de la regencia de doña María Cristina permanece ahora suspendida si no son inexactos nuestros informes: ojalá pueda su autor anudar pronto estas tareas y llevarlas al buen término que esperamos.—También hemos oído que piensa escribir una historia de la monarquía goda en España, trabajo importantísimo que desempeñado con el acierto que la introducción al fuero-juzgo escrito últimamente por el mismo señor Pacheco para los códigos de la *Publicidad*, dará á su autor mucha gloria y enriquecerá nuestras letras con un tesoro de mas.

El Sr. Quinto, ha dado á la estampa en este mismo año un libro histórico que juntará gran reputación á su nombre.—Desde que las ideas democráticas comenzaron á ajitarse en España, fué dogma de la ciencia política que en la antigua constitución de Aragón el Rey era jurado de los ricos hombres con esta fórmula: *Nos que valemos tanto como vos y que podemos mas que vos os nombramos Rey con tales condiciones y sino nó*. Transmitidos á nosotros por libros extranjeros antes que por los naturales; viniendo con todo aparato de novedad, trayéndole gran comodidad á cierta escuela para comprobar históricamente sus teorías; tal fórmula fué grandemente popularizada y vivió con general crédito largos años. Sin que demos sobrada importancia á tales palabras; sin juzgar favorecida ni amenguada ninguna opinión política porque hayan ó nó sido pronunciadas en juramentos reales; fuerza es reconocer que la aclaración y resolución de este punto histórico era conveniente y aun necesaria: acometió esta empresa el señor Quinto ya académico de la historia, y bien conocido por sus trabajos en el mundo de las letras.—Sagacidad, discreción, copiosos datos, erudición estensa; nada le faltaba al autor para llevarla á buen término; y sin embargo, fuerza es decirlo, quedó harto dudosa la importancia de su trabajo, dejándolo incompleto por una parte, sobradamente extendido por otra.

Si el señor Quinto quería probar solamente que la fórmula del juramento *Nos que valemos tanto como vos* no se ha aplicado jamás á la coronación de los monarcas aragoneses, cumplió perfectamente su empeño: después de haber leído su libro es imposible sostener la contraria doctrina.—Ya en otra ocasión nos ocupamos estensamente de este libro y dirémoslo, no de propia vanagloria sino por encarecimiento del señor Quinto: nada se ha podido criticar en él después de lo que nosotros criticamos: cuantos esfuerzos se han hecho para contradecir su doctrina y sostener la verdad de tal fórmula de juramento, aun siendo muy eruditos no han dejado de ser infructuosos enteramente. El autor ha probado con riguroso criticismo histórico que ningún testimonio digno de crédito puede alegar la opinión contraria: ha descubierto el punto mismo donde ha nacido el error, lo ha seguido por todas partes hasta nuestros días, viéndole cambiar de término frecuentemente, ahora encojiéndose, ahora ensanchándose al compás de los tiempos: ha demostrado también que las mismas palabras de la fórmula, son de estraña cosecha y que en la lengua de Aragón no han podido nunca decirse.—Tal juicio, tal erudición ha mostrado el señor Quinto en todo esto que las mas apasionados y severos, al refutarle comenzarán siempre por admirar su obra.—Pero no solo que la fórmula era supuesta quiso probar el señor Quinto: su espíritu, exaltado con la evidencia de lo que veía, quiso mirar mas allá; pasó los límites de la verdad misma que acababa de descubrir, y perdido y vacilante recorrió un camino amplísimo que estaba fuera de su ánimo deliberado y fuera por consiguiente de sus medios actuales de investigación. Resbaló el señor Quinto al querer probar que la fórmula no pudo existir por hallarse en contradicción con el espíritu del país y el carácter general de los siglos medios. Trabajo mas grande se necesitaba para esto que no para la primera empresa, y el autor olvidó que no lo tenía hecho. Nosotros creemos lo contrario de lo que cree en este punto el señor Quinto: sostenemos que la fórmula del *Nos que valemos tanto como vos* estaba en el carácter, en el corazón de los aragoneses; y en nuestra opinión detenidamente reflexionada, Hotman el célebre autor de la *Franco Gallia* á quien esta invención se atribuye, no hizo otra cosa que reducir á principio y poner en sentencia la doctrina profundamente

liberal esparcida en las instituciones y en los hechos prácticos, en las crónicas antiguas, en la tradición general del país. No pretendemos sin embargo, criticar en la obra del señor Quinto como malo lo que es diverso de nuestra opinión por solo serlo: en otro lugar hemos discutido ya esto con alguna estension.—Pero aun manteniendo la opinión que el señor Quinto mantiene, siempre hallaríamos floja y descuidada esta parte de su libro.—No dice en defensa de su opinión todo lo que debería decir, una vez resuelto á defenderla: toca superficialmente este punto importantísimo quien tanta conciencia puso y tal copia de erudición supo hallar para convencernos de que la fórmula del *Nos que valemus como vos* no se ha empleado jamás en la coronación de los reyes aragoneses. Esto no puede atribuirse sino á la causa que de antemano dejamos señalada: acaso el objeto principal del señor Quinto, era probar que no hubo tal fórmula; no que era imposible que la hubiera habido; no que la constitución aragonesa dejara de ser aristocrática y extraordinariamente restrictiva del poder real; no que los soberanos fueron casi absolutos en aquella antigua corona. Lo primero lo ha probado tan bien el autor que pasará á ser dogma de la ciencia histórica dejándole al paso grande y legítima nombradía, mas aun que nacional extranjera; lo segundo no ha podido probarlo: ha quedado á medio tratar en su obra; se ve que ha habido en ello precipitación, incertidumbre. Por esta última consideración hemos dicho que quedaba en duda la importancia absoluta de esta obra: que habia quedado incompleta.

Mas modernamente aun que la obra del señor Quinto han salido á la estampa algunos capítulos de la grande obra de historia que de orden del gobierno y con su apoyo inmediato, trabaja y escribe lenta y concienzudamente el señor Estévez Calderon conocido en las bellas letras con el seudónimo del *Solitario*. Aparte de sus bellos cuadros de costumbres y del inimitable estilo clásico de sus obras, era ya conocido el señor Calderon como buen escritor de historia, por un libro impreso en 1844 con el título de *Manual del oficial en Marruecos*. Si el pensamiento del autor al escribir este libro no fué hacer una historia, por tal deben contarse sin embargo los capítulos en que relata las gloriosas entradas y expediciones de los españoles á Africa con la descripción de la batalla funesta de Alcázar que no fuera desdeñada de Tito Livio y un resumen breve pero verídico y palpitante de los hechos y hazañas que han llevado á cabo los marroquíes en todos tiempos, de sus diversas sujeciones y dinastías que los han gobernado, de las guerras civiles que los han afligido, y en fin de cuanto puede contentar la curiosidad mas estremada. Obra toda ella de gran erudición y novedad, escrita en hermoso estilo y que es lástima que el autor no levantara á las proporciones de verdadera historia. La academia premió tambien este trabajo importante con admitir en su seno al señor Calderon. Pero el libro de que vamos á ocuparnos y de que solo han visto algunos capítulos la luz pública, se titula historia de la *Infantería Española*, y en él se ha propuesto el autor levantar un momento de gloria á nuestra milicia, dejando altos ejemplos que estudiar é imitar á la belicosa juventud que empuñe en adelante las armas de la patria: si por la ejecución merece gloria grande el señor Calderon, no menor deberá tocarle al ministro que concibió tal pensamiento y á todos los que despues han protegido su realización. La obra se anunció desde su principio tal como deberá ser, tal como podia esperarse que fuera.

Cuando en nuestra niñez llevados de sed de poesía ojeábamos las *Orientales* de Victor Hugo, solíamos detener los ojos en una página: pararnos á meditar sobre un breve renglon castellano puesto al frente del canto del Mufti. Aquel renglon decia: *Hierro despiértate*, y el autor francés habia puesto por debajo grito de guerra de los almogábares. Aquella enérgica exclamación de que no guarda semejanzas la historia: aquel idioma en que estaba escrita nos llenaba de orgullo, era cosa de España: era un tributo pagado por el extranjero á una de nuestras glorias mayores. Pero nosotros ignorábamos aun dónde, en qué ocasión, por qué gentes se habia dado tal grito de guerra: *hierro despiértate*. Recorríamos con la mente toda nuestra historia y no lo hallábamos en ninguna parte: hasta el nombre de almogábares nos era desconocido. Habíamos nacido en tierra de la antigua corona de Castilla, y la historia de esta provincia era para nosotros la historia entera de España. Ya señalamos este error comun en nuestro primer artículo.

Pero en verdad que aun siendo aragoneses no habríamos tenido por qué conocer á los almogábares tales como fueron. Tambien han tratado con despego este punto los descendientes de los conquistadores de Sicilia y de Atenas, triunfantes en Europa y en Africa y en las fronteras de Asia contra todo linaje de enemigos. Un libro precioso reimpresso á fines del siglo pasado cuando tantas buenas obras ya olvidadas tornaron á ver la luz pública, la *Espedicion de catalanes y aragoneses contra turcos y griegos* de don Francisco de Moncada por ser de comun adquisición, que anda en manos de todos, parece que debería haber remediado en alguna parte este olvido verdaderamente vergonzoso. Pero Moncada no hizo otra cosa que darnos á conocer una de sus campañas: el origen de los almogábares lo decide erradamente, de su organización militar, de su modo de combatir, armas y vestiduras que llevaban, costumbres que seguian y hazañas que ejecutaron antes de pasar á las regiones de Oriente, nada dice, nada á entender tampoco que de esto hubiese estudiado. Por lo mismo las hazañas maravillosas que nos refiere en su libro pierden mucho interés del que parece debieran inspirar á todos los lectores españoles: el ánimo se siente inclinado á tomar tales hechos por fábulas ó exageraciones de aquellos siglos apartados. Leida pues, con indiferencia, conservada de pocos en la memoria, la hermosa relacion de Moncada, si con altos y conocidos quilates literarios, ha tenido hasta aquí poquísima importancia histórica. El comun de las gentes en España, aun en las clases mas ilustradas, aun en sus mejores personificaciones literarias, ha desconocido hasta este punto la importancia de ese recuerdo, de esa gloria militar de nuestro país que ha alcanzado pocos rivales en el mundo. Quizá no hayamos sido nosotros los primeros que hayan tenido fijos los ojos por largo espacio en la página donde estampa Victor Hugo el *hierro despiértate*; y al volver lentamente aquella hoja hayan pensado como nosotros que si ese soberbio grito es español y si representa toda una historia de orgullo y de grandeza, debiera ponerse mas al alcance de todos para que niños ni ancianos, nadie en fin lo desconociese en España.

(Concluirá).

ANTONIO CANOVAS DEL CASTILLO.

LA SED DE ORO.

ODA.

Que mas fuerce la cara,
Cuanto posee mas el alma avara.
FR. LUIS DE LEON.

De rosas y jacintos
Enlaza tu albo cuello;
Adórnate, n. uchacha,
Y al baile acude presto.
Iriñate en buen hora,
Algun avaro viejo,
Que tú eres inocente,
Y son taimados ellos.
¡Con cuánto afán y susto
Aquél varón sin seso
Doblones amontona,
Entierra en rudo encierro.
¿No ves en su semblante
Rugoso, macilento,
Sentada la codicia,
Luchando los recelos?
Un soplo le amedrenta,
Un ¡ay! se le hace trueno;
Espántale su sombra,
Y tiembla al menor eco.
Ni come, ni descansa;
Si duerme, horribles sueños
Le ciñen de fantasmas
Que asaltan su dinero.
El néctar de las vides
Precioso don del cielo,
Jamás su pecho ensancha,
Jamás borró su ceño.
Mas no le dan de valde,
Ni él pone á nada precio;
Ni en vaso en que libra
Su amigo, halla el contento,

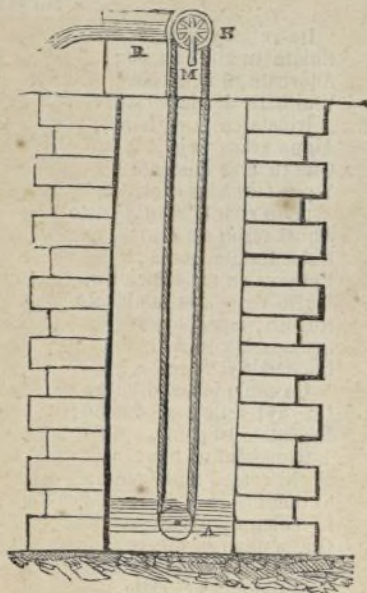
Pues vaya lejos, vaya,
 Con su codicia necio,
 Y mas tesoros junto
 Que tuvo nunca Creso.
 Yo en mas que sus metales
 Un dulce brindis tengo;
 Y si él doblones guarda,
 Alegre como y bebo.
 ¿Mas cuántos años cuenta
 El Tántalo ese nuevo?
 ¡Ay! solo cuatro lustros
 Le faltan para ciento.
 ¿Y es este el baron sabio
 Que sábios quiere hacernos,
 Sin ver que ya la tierra
 Le está la fosa abriendo?
 De rosas y jacintos
 Enlaza tu albo cuello;
 Adórnate, muchacha,
 Y al baile acude presto.

FRANCISCO DE LAIGLESIA Y DARRAC.

Solucion de las cuestiones propuestas en el número anterior.

I. Por extraña que haya parecido nuestra primera cuestion, no deja sin embargo de ser susceptible de una solucion tan sencilla como la que á continuacion estampamos:

Atense una á otra dos estremidades de la cuerda, de suerte que resulte de ella una cuerda sin fin: arrólesela en la garganta de la polea superior B colocada en el brocal del pozo, y, para mantenerla en un grado de tencion conveniente, enróllese tambien la parte inferior de la misma cuerda en una segunda polea. A movable alrededor de un eje fijo, y sumergida en el agua, de la propia suerte que lo representa la figura. Imprímase despues un movimiento de rotacion rápida á la polea B por medio del manubrio M; la cuerda, enrollándose sucesivamente alrededor de las poleas A y B que giran alrededor de sus ejes, arrastran consigo del fondo del pozo una cantidad bastante notable de agua, que podrá ser arrojada y recibida en su receptaculo R, colocado en la parte superior del pozo, un poco mas abajo del punto mas elevado que toque la roca.



A esta máquina, tan singular por su propia sencillez, se le ha aplicado el nombre de *Vera*, cartero de París, que concibió semejante idea al ver la gran cantidad de agua que arrastraba en pos de sí, entre sus asperezas, una cuerda que sacaban del Sena. Se concibe que puede hacer

muy buenos servicios en ciertas circunstancias particulares, especialmente en el caso de que llegasen á faltar vasos á propósito para la elevacion del agua. Mas, tambien es cierto que su *efecto útil*, que su rendimiento de agua, es muy corto en relacion á la fuerza empleada.

Lalande refiere, en su historia de las matemáticas de Montaña, que habiendo sido empleada la máquina de Vera, en las cabernas de Courbevoie, elevaron dos hombres en seis minutos 274 litros de agua, á cerca de 27 metros de altura. Pero este guarismo es evidentemente exagerado, en atencion á que fué el resultado de un experimento de cortísima duracion, y en el cual el esfuerzo empleado era muy superior á lo que lo seria durante todo un día. En efecto, el trabajo de cada uno de estos obreros hubiera producido en un día de ocho horas la elevacion de 295,920 litros á 1 metro de altura, y este número va mas allá seguramente en mas de dos tercios de lo que representa la fuerza que puede gastar un peon, empleando su esfuerzo durante el mismo tiempo en una manivela. Ademas seria necesario, valiéndose de la máquina para elevar agua, gastar mas de un tercio de la fuerza en ponerla en movimiento.

Otro experimento citado por el propio autor, dá un resultado mucho mas aproximado á la posibilidad, aunque todavia excesivamente grande para el trabajo de un día entero. «En el extremo de la calle de l'Arcade-Saint-Honore, en la inspeccion del Petite-Pologne, dice Lalande, bastaban diez y seis cadenas de hierro para elevar á 6 metros de altura, cerca de 7 metros cúbicos de agua por hora.» Les fué posible suprimir la polea inferior, que no sirve sino para sostener la tension de las cuerdas ordinarias. Este trabajo equivale á la elevacion de 168,000 litros á un metro de altura en ocho horas; lo cual es aun un tercio mas de lo que produciria un peon trabajando incesantemente con la mejor máquina hidráulica por medio de una manivela.

La invencion de Vera valió á su autor la aprobacion universal y una gratificacion de 2,400 francos. Hizose aplicacion de ella en las demas naciones, y aun en Inglaterra. El célebre fisico Deluc mandó colocar una en un pozo de 55 metros de profundidad, cerca del palacio de Windsor. La cuerda se enrollaba en la parte superior en una polea de hierro de un metro de diámetro, colocado en el eje de la manivela con una rueda emplomada que servia de volante; la polea de abajo fué suprimida, porque se reconocia que era inútil en verificándose con cierta rapidez la rotacion. El agua subia en abundancia.

No obstante todos estos experimentos que la fueron tan favorables, la máquina de Vera no suele figurar hoy sino como una curiosidad de escasa aplicacion en los libros de ensenanza ó en las esplicaciones de los cursos de fisica y mecánica.

II. Hay una infinidad de procedimientos para resolver esta cuestion. Hé aquí uno elegido entre los mas sencillos.

Mandésele á la persona que ha pensado el número que lo triplique, y despues que tome la mitad exacta de este tripo, si es par, ó la mitad mas grande posible, si no puede verificarse la division con exactitud. En seguida se volverá á hacer triplicar esta mitad, y se preguntará cuantas veces se halla comprendido el número 9 en el resultado. El número pensado será el doble, si ha podido verificarse la division por la mitad; pero, si el triple del número buscado era impar, habrá que añadirle la unidad. Así por ejemplo, sea 5 el número que haya que adivinar, su tripo es 15, cuya mitad mas grande es 8; el tripo de 8 es 24 en el que se halla contenido dos veces 9. El número pensado es por lo tanto el doble de 2 ó 4, añadido en 1 ó sea la unidad.

AVISO.

El trastorno que ha ocasionado en la marcha normal del SEMANARIO, la organizacion de un establecimiento tipográfico en el mismo local en que se encuentran las oficinas del periódico, ha sido causa de que en los últimos números se deslicen algunas faltas inevitables, para las cuales demandamos la indulgencia de nuestros constantes favorecedores.